

Frente libertario

Madrid, 15 enero de 1939

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 681

EL DEBER DE LA HORA

Ni pactos ni componendas

Quien no tenga energía suficiente para no desfallecer en el áspero camino de la victoria, debe apartarse y dejar que el proletariado siga su camino de sacrificio

No son los momentos que estamos viviendo aptos para admitir vacilaciones ni para tolerar desfallecimientos; la guerra ha adquirido un ritmo fantástico, de destrucción y de dolor, y en él giran como en torbellino macabro esperanzas y tragedias, anhelos y desesperaciones, vidas y muertes. Para la hora que la guerra nos trae hay que ser enteros de alma y firmes de corazón; precisa saber hacia dónde se quiere marchar y que es lo que se pretende lograr; es necesario también discernir claramente cuáles son los caminos que nos han de llevar al fin que nos hemos propuesto. Por eso las vacilaciones y las dudas, las negligencias y los temores, no pueden de ninguna manera tener cabida entre nosotros. La tarea es dura; la voluntad para realizarla ha de ser firme. Y esta firmeza de voluntad que sólo se encuentra en toda su amplitud en los corazones proletarios, se convierte en mandato ineludible de las circunstancias. Quien no la tenga, quien no encuentre en sí energías suficientes para vivir dignamente, con heroísmo y con tesón, la magnitud de la hora que pasa, debe tener el discernimiento suficiente para hacerse a un lado y dejar que el proletariado continúe por los duros caminos del deber que llevan ineludiblemente a la victoria.

El proletariado español se ha acostumbrado a resolver con sus propias fuerzas los problemas que la guerra le ha planteado;

Pero entretanto el proletariado español intenta recobrar de nuevo su ruta, desentendiéndose de los demás para volver los ojos hacia sí, y en sus propias necesidades, en su propio espíritu de sacrificio, en su propio heroísmo y abnegación, es donde sabe ha de encontrar la energía que lo llevará a la victoria.

En estas condiciones los trabajado-

res españoles reclaman plaza libre para canalizar su esfuerzo y conducir sus aspiraciones hasta las anheladas metas; ninguna ayuda positiva piden a los que sean incapaces de comprender la razón de su lucha; les piden, eso sí, que se aparten a un lado y no embaracen el ánimo, demasiado dificultoso por sí, que se abre ante sus ojos. Y quienes no sean capaces de comprender esa tensión de los trabajadores españoles hacia la victoria, están en la obligación ineludible --obligación que es deber de guerra-- de no entorpecer sus movimientos y de no pretender canalizar hacia lugares desconocidos e indiferentes para los trabajadores, el esfuerzo que éstos sean capaces de desarrollar. El heroísmo, que nace en los mismos trabajadores, no logra adeptos por convencimiento, sino por impulso. La abnegación no se razona ni el sacrificio puede pensarse; uno y otro se sienten, o no se sienten. Esta es la razón por la cual el proletariado español, tan emotivo, tan sensible a los contactos exteriores, haya sido capaz de realizar tan supremos heroísmos. Aun sin comprender demasiado bien sus finalidades,

PROLETARIOS ESPAÑOLES

Los trabajadores españoles están luchando desde hace más de treinta meses con un denuedo y un heroísmo que pueden ser igualados, pero que jamás han sido ni serán superados. Los proletarios de España, que comenzaron combatiendo contra las castas reaccionarias españolas, contra las castas que tenían en sus manos todos los resortes de la economía y del poder, combatieron después y continúan combatiendo hoy contra los extranjeros que pretenden hacer granjería de nuestro suelo y escarnio de nuestra personalidad nacional. Pero esto no quiere decir que

las sentía muy hondo; no ha obrado por razonamiento, sino por intuición. Y en esa intuición del bien y del mal, de la victoria y de la derrota, es donde se encuentra precisamente la más segura palanca de victoria que tienen en sus manos los trabajadores de nuestro país.

Por esto en la hora suprema y decisiva que estamos viviendo existe un deber claro e ineludible para todos los que quieran esquivar el calificativo de enemigos del pueblo; y este deber, que nos lleva a la frase hecha de sangre y de heroísmo "Ni pactos ni componendas", reclama de todos los españoles, de todos los hombres y mujeres que se encuentran en la España leal, una conducta clara, una orientación visiblemente ajustada al pensamiento y a los anhelos de nuestros trabajadores antifascistas. "Ni pactos ni componendas" no es una frase vacía; no se trata tampoco de unas palabras carentes de vida propia. Tienen esencia de lucha y tienen vida en el sacrificio, debe, cuando menos, dejar que los trabajadores españoles sigan el camino de sacrificio y de austeridad heroica que se han propuesto desde las primeras jornadas de la lucha.

De otra manera se exponen a que se les aplique, con justicia, el calificativo infamante de enemigos del pueblo. Y a que como tales enemigos se les juzgue y sancione. Porque si ni pactos ni componendas pueden admitirse,

las orientaciones primeras de nuestra lucha deben ser olvidadas; a lo largo de la contienda, la lucha inicial, que era escueta lucha de clases, ha adquirido, por superposición, un nuevo carácter de lucha de independencia; pero la independencia no desvirtúa el concepto clasista de nuestra lucha que hoy, sobre ser guerra de independencia, continúa siendo también guerra de clases.

Creemos que incurren en un error en grado sumo quienes olvidan esta realidad palpable de la España sacudida por la guerra. No puede hablarse únicamente de

rra de independencia donde existen dos clases frente a frente, que se combaten con furor, y recurriendo, una de ellas, a todos los procedimientos para hacer doblar la cerviz a la clase contraria. A la hora presente, combatimos contra la invasión en nombre de la independencia, pero combatimos también contra la reacción en nombre de la revolución social. Cualquiera que pretenda pedir nuevos sacrificios, cada vez más dolorosos, a los trabajadores españoles,

a la parte que se levantó en armas en julio de 1936. Porque en julio de 1936 quienes se sublevaron no fueron ni italianos ni alemanes, sino españoles; españoles pertenecientes a las castas privilegiadas, anhelantes de autocracia, de dominio ilimitado sobre las vidas y haciendas de nuestros trabajadores; pero españoles al fin y al cabo. Y esto lo recuerda el proletariado español

Por otra parte, una de las finalidades del proletariado español en lucha es la expulsión de nuestro suelo de todos aquellos llegados a él desde extraños países en son de conquista; pero otra finalidad, de no pequeña importancia, es la instauración de un régimen de justicia social, de pan seguro, de trabajo redimido, de vida digna para todos los explotados, que haga imposible el dominio de unos pocos sobre el resto de sus connacionales. Trátase, pues, de una guerra de independencia, pero también de una guerra de libertad. Libertad nacional aquella; libertad individual ésta. Pero una y otra con caracteres perfectamente definidos y distintos.

Esto es lo que todos estamos en el deber de impedir. Y lo impediremos tomando en consideración, en todo momento, la doble finalidad de nuestra lucha: contra la invasión y contra la reacción.

Visado por la censura

El paraguas de Mr. Chamberlain

En medio de las tribulaciones que soportan las democracias y los pueblos que tuvieron el gesto digno de pretender ser libres, la Prensa mundial ha tenido un momento de humor dedicado al paraguas de Mr. Chamberlain. Hasta nosotros, que sufrimos una guerra implacable y de la inhibición

de quienes podían poner fin a la tragedia con sólo poner en pie el Derecho internacional, queremos demostrar que aun nos quedan ratos que dedicar al buen humor inglés. Porque no tiene duda que la rareza de mister Chamberlain es puro humor inglés. Los españoles, como no estamos acostumbrados a llevar prendas inútiles, no comprendemos bien la manía del "premier" británico. Forma, sin embargo, buena parte de su carácter. Si observamos que Chamberlain proviene de la industria pesada y que desde pequeño viene sufriendo la compañía de un paraguas, colegiremos por qué fué testarudo para buscar en Munich el camino de una paz que dejó en mantillas a Checoslovaquia y por qué es

se empeña en obtener en Roma —o en otra parte, que las ciudades no hacen al caso— que Mussolini deponga su belicoidad, renuncia a poseer las llaves del Mediterráneo —ruta comercial de Inglaterra y Francia— y se avenga a poner en explotación los terrenos que robó en Abisinia, con la colaboración del capital inglés.

El hombre que se ha encariñado con un paraguas y que lo ha convertido en prenda útil y cómoda, es un carácter. Nos parecerá raro, estafalario, pero es un carácter. Si la rareza llega a montar en un avión con paraguas, como si estuviera dispuesto a soportar una tormenta en los aires o como si quisiera utilizarlo de paracaídas, es un

carácter que merece el estudio profundo de todos los investigadores. Si la función crea el órgano, el hecho de haberse dejado acompañar durante muchísimos años por un paraguas, ha tenido que formar en Mr. Chamberlain un temperamento, una idiosincrasia. Si Mr. Chamberlain no hubiera pasado de ser un buen accionista de las industrias pesadas de su país, la cosa no hubiera inquietado a nadie. Sabemos de rarezas de muchos capitalistas —la más importante conservar su capital por encima de la dignidad de sus pueblos— y hemos confiado en el vendaval de las revoluciones para acabar con todas ellas. Pero se da la circunstancia de que Mr. Chamberlain es Presidente del Gobierno inglés y que se ha metido a pacificador y a mediador entre el fascismo y las democracias. Esto tiene ya mucha importancia y es menester que estudiemos el carácter de este mediador a través de sus paraguas.

¿Por qué no ha ido con tan antipático adminículo a Roma? ¿Qué motivos ha podido tener Mr. Chamberlain para abandonar el paraguas que le sirvió de escafandra en Godesberg y Munich? ¿Es que se ha truncado la línea de su carácter? ¿Será que le ha contagiado de superstición un gitano del Perche! y que se ha convencido de que debe al paraguas la sabrosa paz de Munich? Mr. Chamberlain no puede ser un arcano. Si tuviéramos espacio y tiempo probaríamos a deducir lo que ha pasado en Roma, pensando más y más sobre el paraguas. Desde luego hay un hecho cierto: en Roma se desvió la línea de Mr. Chamberlain. Y si ahora logra asentar la paz o desata la guerra habrá que declarar que todo ello se debe al beneficio o maleficio del paraguas.

LA ACTITUD DE LOS CATOLICOS

El restablecimiento de cultos no debe llevarles a observar conductas que pudieran estimarse como una provocación

Vamos a prescindir de cualquier consideración de orden, no ya libertario, sino exclusivamente revolucionario o proletario, que pudiera mantenerse en relación con el restablecimiento de cultos.

Por lo que respecta a nosotros, nuestra actitud es sobradamente conocida, para que tengamos que detenernos a explicarla. Vamos, en cambio, a ocuparnos de la actitud más sensata a adoptar por los católicos en relación con la medida legislativa que nos ocupa; y vamos a intentar dejar claramente sentado, como nuestro firme criterio aconseja a los católicos que se abstengan de toda actuación, de toda manifestación extemporánea, que pudiera originar lógica reacción en las filas del pueblo antifascista.

Nadie puede cerrar los ojos a la realidad; nadie puede tampoco, más aun, nadie debe olvidar pasados acontecimientos, que ponen claramente de manifiesto cuáles pudieran ser las posibles reacciones del proletariado ante una actitud poco meditada de los católicos.

Vaya por delante que nuestras palabras no envuelven la más leve sombra de amenaza. Pero si quieren recordar sucesos pasados que por el bien de todos, especialmente por el bien de los

mismos católicos, no deben volver a repetirse.

Los elementos católicos que existen en la España leal han logrado se dictase por el Gobierno antifascista de España una disposición, con la cual, no hace aun pocos meses, nadie hubiera estimado como posible. Pero una vez obtenida la disposición gubernamental, según la cual se restablece en la España antifascista la libertad en el ejercicio de cultos, creemos sinceramente llegado el momento de aconsejarles se abstengan de hacer un uso abusivo de la autorización recibida. Bueno será que se den por satisfechos con la medida de libertad adoptada por el Gobierno.

No es preciso buscar demasiado tiempo, ni es tampoco necesario cavilar profundamente, para advertir con toda claridad cuáles serían las consecuencias que se podrían deducir de una actitud poco meditada por parte de los católicos que habitan en la España antifascista.

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.



Ante

pacificadores

Cuando ya se daban por terminadas las conversaciones de Roma; cuando la palabra fracaso envolvía a aquéllas, otra vez viene la sorpresa. Chamberlain no se da por vencido. El quiere la paz y nunca pierde la esperanza de que los demás dejen de embarcarse en su pacífica nave. Y surge de nuevo el diálogo, a pesar de que éste fué muy breve entre los dos prohombres.

"Los Cuatro", dijimos, es la solución que acaricia Chamberlain, y para que esta posibilidad no se aleje del horizonte de las posibilidades aprovecha otro ágape para decir las últimas palabras al intransigente, exactamente igual que hace el vendedor de paños ambulante, dispuesto siempre a dejar la mercancía por lo que dé. Esta es la sensación que viene dando Chamberlain. Todo lo da por la paz, aunque paguen otros las consecuencias. Y ha tenido esta conversación de última hora, precisamente cuando se daba por terminada la entrevista. Y lo que se creyó fracaso, puesto que no hubo acuerdo sobre la retirada de las divisiones italianas, según prescribe el acuerdo de abril, ha resultado un éxito del pacificador. Así lo proclama la nota dada a la Prensa. Dice ésta: "Las conversaciones han transcurrido en la mayor cordialidad y han dado ocasión a un cambio de ideas, amplio y franco". Se ha afirmado de nuevo, de manera concordante, la intención de fomentar las relaciones que existen entre ambos países y el espíritu amistoso del pacto de 16 de abril." Pero por si fuera esto poco, se añade que "se convino también en concertar lo antes posible el acuerdo particular previsto por este pacto —a costa de España, como hasta aquí—, y se da este colofón pacifista, a fin de que se vea todo lo que trabaja el autor de la desaparición de Austria y Checoslovaquia como pueblos libres: en el curso de las conversaciones se comprobó, una vez más, el deseo de Italia y

Gran Bretaña de proseguir una política que tienda, eficazmente, al mantenimiento de la política a la que ambos gobiernos consagraron y consagrarán todos sus esfuerzos".

Pero estas palabras, que subrayamos para que se medite sobre las mismas, se ve toda la doblez con que actúan los políticos que les salieron a Europa. Se va a mantener la política de la invasión de España, es decir, la farsa de Londres; la política de asfixia, la del embargo de armas, mientras los facciosos las reciben a placer. Esta es la política que defendieron hasta aquí en Londres y Roma, en el Comité

de la no intervención, en Ginebra y en todas las reuniones de "los Cuatro", en Munich, o de los trece o los diez y ocho en Ginebra.

Ya lo sabemos. Chamberlain seguirá trabajando por la "paz deshonrosa", como dijo Winston Churchill. Todo lo hace por la paz.

Por eso hace bien "Excelsior" al escribir, llamando la atención sobre sus lectores: "Sea lo que fuere, la jugada está hecha. Francia no irá a una conferencia "de cuatro" en la que pudiera ponerse en causa la soberanía de sus territorios, que, de hecho y de derecho la pertenecen". Este temor lo recoge la Prensa francesa al comentar un artículo violento del órgano fascista, el "Tevere", preguntándose si estas campañas no corresponden al propósito de llevar a un punto álgido la tirantez francoitaliana "a fin de que Inglaterra, y, tal vez Alemania, se presten a una mediación".

De fracaso se calificó la conversación de Roma; pero ahora, luego de la nota y de la última conversación, es un fracaso para Inglaterra, como lo fué Munich.

Tiene razón el "Excelsior", pero no menor "L'Ordre", al escribir, comentando el artículo del "Tevere", que las frases groseras del órgano fascista quieren decir que el Gobierno italiano mantiene sus pretensiones y que quiere lograrlas en el grado en que se pueda emplear la fuerza, aprovechando la colaboración del apaciguador, gran sacrificador de esperanzas y de cosas más substanciales.

para ser sacrificados friamente después, cual fué Abisinia, Austria y Checoslovaquia.



EJERCITO DE TIERRA.—FRENTE DE CATALUÑA.—En la zona de Agramunt las fuerzas al servicio de la invasión han persistido durante toda la jornada en sus violentísimos ataques a nuestras líneas, heroicamente defendidas por los soldados españoles. El enemigo ha sido enérgicamente contenido y sufrió extraordinario número de bajas, muchas de ellas causadas por nuestra aviación en varios magníficos servicios de ametrallamiento a baja altura, uno de ellos contra un escuadrón de caballería que, diezmado, se dispersó en desorden.

En el sector Sur las divisiones italianas y fuerzas españolas a su servicio, prosiguen su violenta acción, protegida por la aviación y tanques, y la artillería de los invasores, consiguiendo avanzar su línea en las zonas de Sarreal y Pla de Cabra, luchándose también encarnizadamente en la zona de Valls.

La aviación republicana actuó, asimismo, con gran eficacia, en este sector, ametrallando concentraciones y caravanas de camiones con fuerzas.

En los demás frentes, sin noticias de interés.

AVIACION.—En la jornada de hoy los aparatos de la invasión bombardearon Barcelona, Valencia y Denia, causando averías en el mercante británico "Stanwell" y víctimas entre la población civil.